



**BOLETÍN
DE LA ACADEMIA
NACIONAL DE HISTORIA**

**Volumen XCVI N° 199
Enero–junio 2018
Quito–Ecuador**



**BOLETÍN
DE LA ACADEMIA
NACIONAL DE HISTORIA**

**Volumen XCVI
N° 199**

**Enero–junio 2018
Quito–Ecuador**



ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA

DIRECTOR:	Dr. Jorge Núñez Sánchez
SUBDIRECTOR:	Dr. Franklin Barriga López
SECRETARIO:	Ac. Diego Moscoso Peñaherrera
TESORERO:	Hno. Eduardo Muñoz Borrero
BIBLIOTECARIA-ARCHIVERA:	Mtra. Jenny Londoño López
JEFA DE PUBLICACIONES:	Dra. Rocío Rosero Jácome
RELACIONADOR INSTITUCIONAL:	Dr. Vladimir Serrano Pérez

BOLETÍN de la A.N.H.

Vol XCVI

Nº 199

Enero–junio 2018

© Academia Nacional de Historia del Ecuador

p-ISSN: 1390-079X

e-ISSN: 2773-7381

Portada

Monumento a Vicente Rocafuerte
en Guayaquil

Diseño e impresión

PPL Impresores 2529762

Quito

landazurifredi@gmail.com

abril 2019

Esta edición es auspiciada por el Ministerio de Educación

BIENVENIDA A FAUSTO PALACIOS COMO MIEMBRO DE NÚMERO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA

Jorge Núñez Sánchez¹

Señoras y señores:

La Academia Nacional de Historia se reúne aquí y ahora con un doble y nobilísimo fin, cual es el de proceder al ascenso del doctor Fausto Palacios Gavilanes a la condición de Miembro de Número de nuestra institución y de instalar su Capítulo Tungurahua, recién constituido, el cual estará presidido precisamente por el nuevo académico numerario.

Para nosotros es sumamente honroso que este acto se celebre bajo el alero generoso de la Casa de Montalvo, que ha decidido acogernos en este día para esta muy grata ceremonia. Gracias, señor Presidente y señores miembros de esta Casa, por su hospitalidad.

El solo nombre de Juan Montalvo nos introduce de lleno en la historia republicana de nuestro país, tan agitada y emocionante, precisamente porque en ella concluyó el largo dominio colonial y se iniciaron los tiempos de la presencia popular, ya que el soberano dejó de ser un rey lejano, absolutista y ambicioso, para pasar a serlo el pueblo soberano, que recién se iniciaba en el conocimiento de la política y el ejercicio de su autoridad colectiva.

El cambio supuso oposiciones sociales y conflictos políticos, entre quienes deseaban preservar sin cambios la vieja estructura de dominación y quienes buscaban transformarla, para crear oportunidades a las nuevas fuerzas y grupos sociales que emergían desde la base. Guerras civiles, batallas y escaramuzas poblaron el territorio de la naciente república y de esta provincia, que por su especial ubicación geográfica, fue escenario de algunas de ellas: los dos Huachis,

¹ Actual Director de la Academia Nacional de Historia del Ecuador

Miñarica y el Socavón son algunos de los nombres marcados en esas páginas de sangre de nuestra historia.

Paralelamente, con la república surgieron nuevos tipos de personajes públicos, que vinieron a cumplir las importantes tareas de una república y, entre ellos, se destacaron el periodista y el historiador, el uno como promotor y defensor de la democracia y el otro como cronista del pasado y protector de la memoria colectiva. En esas dignísimas tareas de la inteligencia, la provincia del Tungurahua se distinguió con luces propias. Frente a los desmanes del poder y de los poderosos, fuesen estos de levita, de sotana o de uniforme, se irguió en el siglo XIX la elevada estatura cívica de don Juan Montalvo, ese regenerador del poder republicano, que por medio de su pluma denunció vilezas, combatió tiranías y sentó principios morales para la vida pública. Y todo ello lo hizo a salto de mata, entre destierro y destierro, pero con un estilo literario realmente formidable, en el que se entremezclaban la fuerza y furor del polemista con la pureza idiomática y la belleza expresiva del estilista. Finalmente, don Juan también fue una suerte de historiador de su propio tiempo, pues su pluma dibujó y caricaturizó personajes para la historia y lo hizo con tal vigor que las imágenes dejadas en sus páginas terminaron por reemplazar a cualquier otra.

Y a la par que Montalvo se empeñaba en sus quijotescos combates contra las tiranías, acá, en Ambato, florecían la historia, la literatura, la lingüística y una suerte de temprana vocación antropológica y sociológica, a través de hombres de alta cultura y distinto signo político, tales como Pedro Fermín Cevallos, Juan León Mera o Luis Alfredo Martínez, cada uno de los cuales contribuyó con sus variados talentos a la construcción de este nuevo país, agitado y esperanzado, que fue y es el Ecuador.

Quiero ahora referirme brevemente a nuestro oficio, el de los historiadores, para esbozar, al menos, la trascendencia de este acto.

Un saber o una ciencia están definidos por su objeto de estudio, que en nuestro caso es la Historia. Pero, ¿qué entendemos por Historia? Porque hay que comenzar señalando que con este nombre se conocen tanto al objeto de estudio como a la ciencia que se empeña en ello.

En cuanto al objeto de estudio, un maestro de escuela afirmaba, con cierta gracia, que “Historia es la sucesión de sucesos sucedidos sucesivamente en la sucesión sucesiva de los tiempos.” Recuperando la seriedad podemos decir que “la Historia es la ciencia o disciplina que estudia las acciones pretéritas del hombre, es decir, el pasado.” Y como la diferencia entre el pasado y el presente está signada por los cambios y transformaciones ocurridos, también podemos afirmar que “la Historia es la ciencia que estudia el cambio de la sociedad y de las gentes”.

Sobre el mismo tema del objeto de estudio, hay quienes sostienen que la ciencia histórica no puede llegar a conocer el pasado porque éste no tiene una presencia física y lo que podemos conocer, cuando más, son sus reliquias. Es más, siendo el pasado un mundo inmenso e indeterminado, “*lo histórico está muy lejos de abarcar el conjunto del quehacer humano, pues sólo una mínima parte de éste ha dejado huella, y por ende, permite su conocimiento*”, según precisa Luis González y González.²

De ahí que la historia escrita, la que leemos en los libros, no es siempre la misma que vivieron los protagonistas individuales o colectivos; no lo es, ante todo, porque nunca acabaremos por poseer todos los testimonios del pasado y por tanto es imposible reconstruir la historia pasada en toda su riqueza de fenómenos y complejidad de circunstancias, y luego, porque quienes la escribieron lo hicieron inevitablemente con interés, con pasión, con compromisos ideológicos.

Toda construcción histórica es necesariamente selectiva. Puesto que el pasado no puede ser reproducido *in toto* y ser objeto de una nueva experiencia, este principio puede parecer demasiado evidente para merecer la calificación de importante. Sin embargo lo es, ya que su aceptación nos obliga a poner de relieve el hecho de que en la elaboración de la historia todo depende precisamente del principio en virtud del cual controlamos los hechos y seleccionamos los acontecimientos. Este principio decide sobre la importancia que debe atribuirse a los acontecimientos pasados, lo que debe aceptarse y lo que debe rechazar.

² Luis González y González, “Lo histórico”, en *El oficio de historiar*, Zamora, Michoacán, México. El Colegio de Michoacán, 2003, p. 159.

zarse, también decide la disposición que debe darse a los hechos seleccionados. Además, si bien la selección está reconocida como un hecho primario y fundamental, debemos admitir que toda historia está necesariamente escrita desde el punto de vista del presente y constituye (lo que es inevitable) no solo la historia del presente, sino también la historia de lo que el presente juzga como importante en el presente”, precisó el filósofo y pedagogo estadounidense John Dewey.³

Dicho de otra manera, no todo el pasado puede tener valor histórico, puesto que, como señalara con agudeza Jean Paul Sartre, lo histórico “no se caracteriza ni por el cambio ni por la acción llana y simple del pasado, se define por la recuperación intencionada del pasado en el presente”.⁴

Vistos estos y otros muchos problemas que plantea el reto de definir a la historia, tenemos entre nosotros otro reto particular: el común de las gentes entiende a la Historia como un saber erudito, mientras que los historiadores vivimos empeñados en definir y construir la historia como una ciencia objetiva. Como resultado de ello, la gente confunde la acumulación de datos aprendidos por aquí y por allá con el conocimiento de la historia. Con razón, Lucien Febvre, el gran historiador francés del siglo pasado, solía recalcar que “historiador no es el que sabe; es el que investiga”.⁵

Y en ese esfuerzo de investigar lo no conocido, de andar en búsqueda de la verdad, de rastrear el conocimiento del pasado, el historiador se encuentra con datos sueltos, con miradas parciales, con pequeñas escorias de humo que no llegan a ser la prueba de un incendio, pero que muestran que allí hubo fuego. Y luego, con solo esos datos sueltos, con solo esas palabras aisladas, con solo esos atisbos verbales o materiales, tiene que reconstruir la imagen de una casa desaparecida y entrever cuál fue el modo de vivir y de pensar de las gentes que un día la habitaron. Es, pues, un terrible compromiso y un tremendo esfuerzo para volver asible lo inasible, visible

3 John Dewey, “The Theory of Inquiry”, texto escrito en 1930 e incluido en: Han Meyerhoff, ed., *The Philosophy of History in Our Time*, Nueva York, 1959, p. 168.

4 Jean Paul Sartre, “Materialismo y revolución”, Bernardo Guillén, trad., Buenos Aires, Editorial La Pléyade, 1971, p. 8.

5 Lucien Febvre, “El problema de la incredulidad en el siglo XVI: La religión de Rabelais”, Ediciones Akal, Madrid, 1993, p. 7.

lo borroso y difuminado por el tiempo, verosímil lo dudoso, asequible a la comprensión general lo que sin duda fue complejo en su propio espacio y tiempo.

Ese es el difícil tránsito del historiador en su ruta de búsquedas, ruta borrada por la maleza del tiempo y alterada por informaciones contradictorias, ruta que se pierde en los documentos o en los testimonios materiales y que los estudiosos tenemos que reconstruir casi a ciegas, entre dudas y divergencias, a veces guiándonos más por herramientas teóricas que por pruebas concretas, más por intuiciones científicas que por certezas.

Pero la investigación científica es siempre así de compleja y retadora. Nada es fácil ni claro, ninguna verdad total está escondida en espera de ser hallada. Por eso, alguien metido hasta el cuello en estos asuntos escribió: *“La intuición y la imaginación son los más importantes elementos de la investigación científica”*.⁶ Esta afirmación, que haría reír a algunos sabelotodo, quienes quizá la calificarían de ingenua e ilusoria, la consignó uno de los mayores científicos de nuestro tiempo: Albert Einstein.

Y es que el quehacer investigativo del historiador, similar al quehacer científico general, está siempre necesitado de un trabajo sistemático de recopilación de informaciones, de una clasificación ordenada de los datos, de una labor constante y una metodología afinada, pero sobre todo de aguda intuición para hallar nuevas respuestas a los problemas y de una gran imaginación para construir nuevos modelos de interpretación o para reconstruir teóricamente los viejos espacios naturales, las antiguas estructuras sociales, los viejos hábitos, ideas y conductas humanas.

Y, claro está, esto va finalmente más allá del mundo de la ciencia y nos aproxima al mundo de la filosofía, porque tras entender a esas sociedades del pasado, tras aprehender las ilusiones y ambiciones de esas gentes del ayer, los historiadores terminamos necesariamente preguntándonos cuál es la razón de ser de la existencia humana, cuál es la función y destino de nuestra especie y por qué el paso de los tiempos no determina una real evolución ética de los

6 Albert Einstein. Cfr. Jorge Núñez Sánchez, *Huellas de la cultura ecuatoriana*, Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión, 2008, p. 74

seres humanos, la mayoría de los cuales sigue moviéndose bajo el imperio de instintos primitivos, impulsos crueles y ambiciones desenfrenadas, que los lanzan a abusar de otros u otras, a imponer su dominio sobre los más débiles o a vender ilusiones religiosas o promesas demagógicas a masas ingenuas o alebrestadas.

Con toda razón, un árabe erudito del siglo XIV, Ibn Jaldún, escribió que la historia debía ser:

la crónica de la sociedad humana, de la civilización mundial; de los cambios que tienen lugar en la naturaleza de dicha sociedad...; de las revoluciones y levantamientos de un grupo de gente contra otro, con los resultantes reinos y estados con sus diversos rangos; de las diferentes actividades y ocupaciones de los hombres, ya sean para ganarse el sustento o en diversas ciencias y oficios; y, en general, de todas las transformaciones que experimenta la sociedad por su misma naturaleza.⁷

No me extiendo más sobre los asuntos de nuestro oficio, profesión o ciencia, como quiera llamarse, y paso a explicar los motivos de este acto. El primero se refiere a los méritos que el doctor Fausto Palacios ha mostrado para ganar la categoría de Miembro Numerario y que son varios: uno, su interés constante por los acontecimientos de la historia nacional y de la cultura ecuatoriana; dos, su apego a nuestra institución, a la que ha respaldado con su presencia constante y sus intervenciones siempre positivas y entusiastas, y, tres, su alto nivel intelectual y su fama profesional, que constituyen honra para si y los suyos, pero también para nuestra entidad.

Doctor en Jurisprudencia y abogado por más de 63 años, ha merecido honores y reconocimientos superlativos, tales como ser designado Presidente de la Corte Superior de Justicia de Tungurahua, Presidente del Colegio de Abogados y Presidente de la Asamblea Nacional de Abogados. Periodista con medio siglo de actividad a cuestas, ha ejercido el periodismo con una verticalidad montalvina

⁷ Citado por Eric Hobsbawm, "Sobre la Historia", Ed. Crítica, Grijalbo Mondadori, Barcelona, 1998, p. 9. Incluido originalmente en: Charles Issawi, editor y traductor, "An Arab Philosophy of History: Selections from the Prolegomena of Ibn Khaldun of Tunis (1332-1406)", Londres, 1950, pp. 26-27.

y un espíritu de alto civismo, en busca de contribuir a la búsqueda de una mejor sociedad. Maestro y catedrático por vocación esencial, ha impartido sus conocimientos a generaciones enteras de ciudadanos de este hermoso rincón patrio, con altruismo y generosidad espiritual. Escritor de galano estilo, sus libros, ensayos, artículos y poemas cubren un amplio espacio de la acción intelectual tungurahense contemporánea.

Todo ello determina que este ascenso sea un acto de justicia, que se ha retardado solo por la circunstancia de que nuestra Academia tiene un número determinado de plazas de numerarios y regularmente solo pueden promoverse ascensos cuando un numerario fallece.

Dicho lo antecedente, me place expresarle al doctor Fausto Palacios Gavilanes la más cordial bienvenida a la condición de numerario de nuestra Academia Nacional de Historia.

Ambato, 19 de enero de 2018

Bibliografía

DEWEY, John, "The Theory of Inquiry", texto escrito en 1930 e incluido en: Han Meyerhoff, ed., *The Philosophy of History in Our Time*, Nueva York, 1959.

EINSTEIN, Albert Cfr. Jorge Núñez Sánchez, *Huellas de la cultura ecuatoriana*, Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión, 2008.

FEBVRE, Lucien, "El problema de la incredulidad en el siglo XVI: La religión de Rabelais", Ediciones Akal, Madrid, 1993.

GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Luis, "Lo histórico", en *El oficio de historiar*, Zamora, Michoacán, México. El Colegio de Michoacán, 2003.

HOBSBAWM, Eric, "Sobre la Historia", Ed. Crítica, Grijalbo, Mondadori, Barcelona, 1998, p. 9. En: Charles Issawi, editor y traductor, "An Arab Philoso-

phy of History: Selections from the Prolegomena of Ibn Khaldun of Tunis (1332-1406)", Londres, 1950, pp. 26-27.

SARTRE, Jean Paul, "*Materialismo y revolución*", Bernardo Guillén, trad., Editorial La Pléyade, Buenos Aires, 1971.



La Academia Nacional de Historia es una institución intelectual y científica, destinada a la investigación de Historia en las diversas ramas del conocimiento humano, por ello está al servicio de los mejores intereses nacionales e internacionales en el área de las Ciencias Sociales. Esta institución es ajena a banderías políticas, filiaciones religiosas, intereses locales o aspiraciones individuales. La Academia Nacional de Historia busca responder a ese carácter científico, laico y democrático, por ello, busca una creciente profesionalización de la entidad, eligiendo como sus miembros a historiadores profesionales, entendiéndose por tales a quienes acrediten estudios de historia y ciencias humanas y sociales o que, poseyendo otra formación profesional, laboren en investigación histórica y hayan realizado aportes al mejor conocimiento de nuestro pasado.

Forma sugerida de citar este artículo: Pita Pico, Roger, "El Correo de Bogotá: una prensa innovadora para una república en ciernes", *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, vol. XCVI, N°. 199, enero - junio 2018, Academia Nacional de Historia, Quito, 2018, pp.13-41